TINTERO BLANCO

JULIO 2024 · NÚMERO 9 · AÑO 5

TINTERO BLANCO

Héctor Justino Hernández
Dirección general

María Eugenia García
Dirección de redes

Irving Vásquez
Dirección de relaciones públicas

TINTERO BLANCO, REVISTA LITERARIA DIGITAL.
Año 5, No. 9, febrero-julio de 2024, publicada por la Editorial Tintero Blanco, con domicilio en calle Encanto, número 17, Int. 6, Colonia Los Laureles, C.P. 91037, Xalapa, Veracruz, México, Tel. 2711909583, correo electrónico: tintero.blanco.revista@gmail.com. Editor responsable: Héctor Justino Hernández Bautista, Reserva de derechos en trámite.
Queda prohibida su reproducción total o parcial sin notificar al editor.

Índice

Literatura

- Poemas - Eduardo Vardheren 05
- Mar de fondo - Bladimir Ramírez 09
- Como es arriba, es abajo - Carolina Moreno 12
- Kleos - María Alanís Corral 13
- El gran idiota - Gustavo Andrés Hernández 17
- 8 minutos - Luis Francisco Santamaría Arriaga 20
- Intercambio - Daniela Perlín Vega 22
- Poemas - Ximena Cobos Cruz 23
- NPC (Non playable carácter) - Génesis García 27
- Primavera - Denise Levertov, trad. José María Flores 31

Índice

32 • Retratos: VIII - E.E. Cummings, trad. Noé Ramírez

Opinión

34 • Facsímil: la de(con)strucción de un sistema - Irving Vásquez

Dossier Gráfico

38 • Semblanza de Enrique Álvarez Bautista

Autorxs

49 • Semblanzas

LITERATURA

TINTERO BLANCO

En torno a la creación literaria, esta sección busca contener aquellos textos que exploran el lenguaje desde la variedad de su expresión estética.

Poemas

Eduardo Vardheren

Amoluscar

Para la máquina de escribir de Joanna Russ

Cosmonauta se hizo
—no para llevar a la humanidad a un gran viaje—,
porque desde la pubertad fantaseó,
gracias a las pulposas portadas
de *Fantastic Fiction*:
repletas de rubias astronautas
con sensuales trajes de baño-espaciales,
mostrando esos turgentes pechos,
como dos montes venusinos,
y labios cereza manzana,

conteniendo un grito de miedo placentero.
¿Usarían algún perfume futurista
para sus feromonas potenciar
y así atraer a todo macho alienígena?

Viajó desde la Tierra impulsándose por húmedos sueños
hasta distantes galaxias de brazos calamarinos.
Aun en criogenia, el libido ardía más que soles binarios,
añorando sentir a ese Otro no humano.

Tras sesenta y nueve años luz
la fálica nave penetró un planeta rebosante de vida.
Despertó cuando su virginal cápsula se abrió
arrancada por miles de extremidades viscosas:
ventosas babosas besaban
cada rincón húmedo;
un tentáculo retuvo gemidos guturales,
olas de placer recorrían su piel,
ya era como las pulposas astronautas de su pubertad:
el pene al fin se pone turgente.

Primera llamada

Dedos presionando teclados…
dedos presionando teclados…
pero no crean,
ni evocan otros mundos,
sus palabras están necrocapitalizadas.

Ring-ring-ring-ring-ring…
buenas tardes días noches
—no puedo saberlo
no me permiten ver las ventanas
para que no añore la vida que se marcha—,
¿de qué forma puedo cobrarle?
Perdón, asistirle.

Claro que seré amable:
me pagan para sonreír telefónicamente,
para que no le recite este poema,
para que usted crea que estoy capacitado,
para que siga su dinero siga con la empresa-compañía
que me deshumaniza.

«NO PUEDO COLGAR»
«NO PUEDO COLGAR»
«NO PUEDO COLGAR»
grito internamente,
mientras cuenta su vida a detalle,
porque nadie quiere escucharle.

Gracias por llamar,
gracias por fingir humanidad,
le atendió,
no importa
ya no importa,
llegará otra llamada
y se repetirá el falso diálogo.

Mar de fondo

Bladimir Ramírez

Mamá, despierta. Tenemos que irnos. Afuera las mujeres gritan y los recién nacidos lloran al ritmo de sus madres. La sincronía del caos. Mamá no despierta y yo guardo en una mochila aquello que no estoy dispuesto a buscar en el fondo del océano. Una fotografía tuya, un par de libros viejos, mi cepillo de dientes y el perfume que te gusta. Mamá, si no te levantas te vas a morir y nadie va a enterrarte. Nadie va a encontrar tu cuerpo. Los perros ladran. Las aves se fueron a un cielo más callado. Mamá por fin despierta y sin abrir del todo los ojos, sigue mis pasos. Ella no guardó nada en ninguna mochila, quizá porque no tiene nada más que perder o ya lo ha perdido todo. Escucho, a lo lejos, el mar que se aleja.

Estos cuartos son para gente como nosotros. El piso es de arena y los baños se comparten. Una mujer desconocida corre a mi dirección, sin decirme nada me entrega un bebé. En la mirada de la mujer sólo encontré desesperación. El bebé me observa, quizá entiende que soy su única opción. El olor de

su pañal me distrae de la ola. La despedida sin explicación de su madre alarga el camino que nos espera. Y mamá avanza lenta, distraída como si no supiera qué día es hoy. Con un brazo la jalo. Despierta, carajo. Tienes que correr. Miro hacia atrás, la orilla del mar ya no se percibe. Mamá sale del cuarto y me pregunta si le temo a los osos, si hay osos en la isla, si tengo una pistola y el valor necesario para matar un oso. El niño empieza a llorar, ¿por qué te cargo y qué voy a hacer contigo si mañana estamos vivos? El niño me observa, sus ojos son grandes gotas de otoño. Antes de que empiece a llorar lo oculto entre un arbusto y la arena. Estarás bien, me convenzo. Todavía no le tienes miedo a la muerte y no puedes ir al infierno. El niño llora como si leyera mis pensamientos y quisiera demostrarme que estoy equivocado. Pero su llanto, igual que el mar, es cada vez más lejano. No vamos a lograrlo, mamá. No tenemos a dónde ir. Todo a nuestro alrededor es agua. Hijo, hijo, no podemos quedarnos afuera, hay osos, muchos osos. Sí, mamá, los osos salen cada vez que sube la marea. No puedo discutir con ella. ¿Te gustaría que hiciéramos una fogata?, le pregunto, mientras junto leña y basura, ropa vieja de las vecinas pobres. Canta una canción para que se encienda el fuego, mamá. Regreso por el niño, ha llorado sin descanso estos minutos. Me mira con recelo y furia, emociones que él no debería conocer. No quiero que mueras solo. Lo abrazo. Le canto una canción de cuna que mi abuela inventó para mí:

A dormir,
a dormir,
pajaritos a dormir.

Ya no hay ruido en el mundo, mamá. Los osos se fueron. Mira el fuego, hijo. Es como si estuviéramos esquiando y nevara. Tú eres como esta fogata, hijo. Mira cómo bailas entre las piedras. El fuego, mamá, la basura y la ropa de

tus vecinas pobres. El niño que no deja de llorar porque es imbécil y no entiende lo importante que es una canción en una noche como ésta. ¿A dónde fue tu madre? ¿Por qué quiso que murieras en mis brazos? Responde, niño, explica esta noche y apréndete esta canción antes de morir. El mar, mamá, ya no se ve desde aquí porque tal vez la fogata asustó a la muerte. Pienso que tal vez la alarma fue un error, que esta noche no es la última y que un día este bebé aprenderá a hablar y será un hombre. Mamá está loca, pero te quiere, tendré que explicarle que ella nunca ha visto un oso. Vas a crecer y vivirás lejos del agua, no morirás esta noche, digo en voz alta, como un rezo o un epitafio. El agua vuelve, mamá, como un bloque gigante de sal dispuesto a destruir las casitas de tus vecinas pobres. Este niño va a morir aquí, esta noche. ¿Cuánta agua puedes guardar en los pulmones? Ojalá los peces respeten tu cuerpo. ¿Estás listo para el fin? Nos pregunto a los dos. Mamá sigue observando la fogata, el calor sólo existe en su mente, acerca sus manos al fuego.

El niño, por fin, duerme

Como es arriba, es abajo

Carolina Moreno

Tiemblan las sílabas
bajo tierra mientras las hormigas
excavan las bocas
en la raíz del diente
que ya no está

La saliva seca traga raíces
de palabras que caben
dentro de bolsas
negras

Arriba también
los dientes tiemblan

Kleos

María Alanís Corral

Dedicado al taller de narrativa de las Islas Marías

Llevábamos dos días sin comer cuando llegaron los extranjeros. Eran dos hombres, solos, con el rostro marcado por la edad que tendrían nuestros abuelos, si el mar no se los hubiera bebido. También ellos parecían hambrientos. Tenían la piel rosa, diversas heridas de poca profundidad en los brazos; usaban ropa fina, pero rasgada. Lo más sorprendente eran sus zapatos, algo sucios, pero enteros. Nosotras solo los contemplamos desde lejos, con la curiosidad con que las gaviotas observan el mar. Ellos alzaron los brazos en una especie de invocación, pero nosotras dimos media vuelta, sin entrar a la casa. Esperamos unos segundos y regresamos la mirada hacia ellos. Cautelosas, murmuramos algunas impresiones, no queríamos que nuestras madres nos escucharan y nos mandaran a la casa, a cuidar a los niños. Los hombres caminaban despa-

cio, casi arrastrando los pies. Los vimos acercarse a nuestros padres, que en el abrevadero discutían sobre los asuntos delicados que no se pueden tratar cerca de los oídos femeninos.

El encuentro fue inusual: cada par de hombres, desde su espacio delimitado, sacudía los brazos en gestos que a ratos parecían saludos, a ratos, amenazas. También gritaban, cada vez más fuerte. Quisimos acercarnos para identificar las voces casi felinas de los extranjeros, para leer en sus ojos lo que no se dejaba entender en sus lenguas. Pero no nos atrevimos. Cada uno de esos pares de hombres nos producía miedos diferentes. Al cabo de un rato, los extranjeros hicieron gestos efusivos, ahorcaron a nuestros padres en abrazos absurdos y se llevaron a Kleos. Nosotras no soportamos lo que veíamos. Kleos era nuestra favorita, la queríamos más que a cualquier criatura en todo en pueblo, más que a ningún ser humano. Habíamos crecido juntas, después de todo, y compartido la leche de su madre. La besábamos en el hocico cada que rebuznaba, le acomodábamos flores en sus crines tiesas, le cepillábamos las pezuñas al final de sus jornadas.

Al tirarnos al suelo, levantamos una ligera polvareda, y permanecimos ahí, llorando abrazadas, levantando maldiciones contra los forasteros y contra nuestros propios padres. ¿Para eso se alejaban de la casa y de nosotras? ¿Para arruinarnos la vida sin que nos enteremos? Kleos era lo único que nos quedaba a ambas familias. Kleos era, además, el último legado del pacto de amistad incondicional de los abuelos, quienes habían comprado a la burra con los ahorros de sus pescas para unir a las dos familias y sellar nuestro porvenir común.

Las madres también lloraron cuando se enteraron de lo sucedido. Cada una reprendió a su respectivo marido con solemne severidad, y cada una se disculpó al día siguiente cuando los extranjeros volvieron con Kleos, y con una bolsa llena de billetes. Los acompañaba un hombre que comprendía su lengua y la nuestra. Los extranjeros, después de saludar a todos los adultos, nos mira-

ron a nosotras con sus ojos de mar como si quisieran ahogarnos en ellos. Las mujeres lo notaron y, molestas más con nosotras que con ellos, nos ordenaron llevar a Kleos al establo. Aunque una parte de nosotras deseaba salir de ahí, lo que más ansiábamos era presenciar el intercambio y admirar la labor de aquel hombre de dos lenguas. Sin embargo, ellas insistieron, y no tuvimos más que obedecer. Era mediodía y la tierra debajo de nuestros pies descalzos ardía sin quemarnos. Los dos estómagos, rebeldes ante la inevitable imposición del hambre, cantaban a coro, sincronizados. No era nada nuevo: nuestros cuerpos se habían sincronizado desde la infancia. Ninguno sentía algo que el otro no, ninguno actuaba sin ser secundado por su compañero.

Pasamos la tarde acariciando a Kleos, intentando trenzar sus crines imposibles, dando vueltas sobre la paja mientras imaginábamos los pensamientos que habría tenido la burra en su viaje de un día. Le prometimos que nunca más nos volverían a separar. Creíamos que nos entendía y que patear la tierra era su manera de asentir, de prometernos lo mismo de vuelta. A la hora del atardecer, un niño vino a llamarnos. Caminaba con tristeza, la mandíbula apretada y la mirada hacia sus pies. No quiso decirnos por qué, no le correspondía. Llegamos a casa y los viejos seguían ahí. Nos examinaron con satisfacción. Los adultos voltearon el rostro en cuanto percibieron que nos acercábamos. Nadie aparte de los viejos se atrevió a mirarnos.

Nos coordinamos a quedarnos inmóviles, así que ellos avanzaron hacia nosotras, primero con precaución y luego despreocupados. Cada par de ojos recorrió nuestras piernas, cada par de manos nos quitó del cabello, con delicadeza, las hebras de paja, cada rostro sonrió. Todos los demás seguían desviando la mirada. Los extranjeros se prepararon para retirarse y el intérprete anunció que pasarían a recogernos mañana al mediodía. “¿Recogernos? ¿A quién van a recoger?”, preguntamos en cuanto los extraños salieron de la casa. Nuestras madres comenzaron a llorar en silencio, como hacían tantas veces, con los pár-

pados cerrados y la mano alerta para atrapar sus lágrimas. Los hombres contestaron, aún sin dirigirnos una sola mirada, que debíamos preparar las cosas que teníamos, porque mañana nos iríamos con los extranjeros. Solo nosotras dos. “¿Irnos a dónde?”. No hubo respuesta, nadie lo sabía. Pero eso qué más daba, pronunciamos para nuestros adentros, y supimos que por la noche tomaríamos la bolsa con dinero que no alcanzaron a enterrar, y nos iríamos lejos. Nos iríamos lejos las tres. Nunca enunciamos el plan, bastó con vernos a los ojos. Sin duda, ya también lo sabía Kleos

El gran idiota

Gustavo Andrés Hernández

Me caga cerrar la pizzería. La empresa obliga a no tomar servicios a partir de las 8:30; las últimas ordenes deben salir del local a las 9. Mientras limpiamos, hacemos cuentas y demás: se hacen a las 10. Al menos tienen la decencia de pagar el taxi para quienes les toque cerrar ese día. Aunque, siendo sincera, tampoco le tengo mucha confianza a esos choferes.

Ya son las 10:20 y Roberto no ha llegado, se le ponchó una llanta de la moto y tenemos que esperar para guardarla en el negocio y cerrar. Afortunadamente no estoy sola, Luis y yo decidimos salir a fumar un cigarro para hacer tiempo. La avenida transitada en unos minutos parecerá abandonada. Solo unos pocos se atreven a andar de noche.

Jiménez sale del negocio, preguntando por Roberto. “Ese pendejo siempre encuentra la forma de arruinarme el día”. Se sienta junto a nosotros, menciona que hoy hay peda. Allá por Villas del Bajío. Nos invita: Luis inventa un pretexto para declinar su oferta, yo simplemente digo que no.

Jiménez iba conmigo en la prepa. Casi nunca hablábamos, hasta que empecé a salir con uno de sus mejores amigos: el gran idiota. Fue algo bastante efí-

mero, pero cuando acabó, el güey se inventó que yo no lograba superarlo. Dejó de hablar de mí cuando Jiménez y yo nos besamos en una fiesta de fin de año. Fue mi primer gran borrachera, supongo que por eso lo besé. Y también para que el gran idiota se callara. Después de ello, (el acontecimiento del semestre, así nombrado por mis compañeros) le dejé bien claro a Jiménez que no quería nada, y él lo entendió. “Pinche Roberto, ¿no que ya venía para acá?”. Saca su celular y se aleja de nosotros para hacer una llamada.

“Sí está raro que ya se haya tardado”.

Le respondo a Luis que no se preocupe, que Rob ya no debía tardar, y que en dado caso de que dieran las 11, cerráramos y que se llevara la moto a su casa. Se tranquiliza un poco. Pienso en decirle que no es necesario que me acompañe a mi casa, pero mientras más noche se hace, menos quiero irme sola en taxi.

Saco mis audífonos y pongo la playlist en aleatorio. Mientras Luis y Jiménez hablan de futbol, *Turn Blue* se apodera de mis oídos.

In the dead of the night I start to lose control

El semáforo rojo. El semáforo verde. El semáforo amarillo.

It gets so heavy at times but what more can I do

El bigote ralo de Jiménez bailando sobre su labio. Igual de poco vello que en la prepa.

I really don´t think you know

Un coche blanco estacionándose frente a nosotros.

I could dream ahead before my world turned blue

El gran idiota saliendo del coche

Me quito los audífonos al ver que Jiménez me mira mientras mueve la boca. “Que ya me voy. Pinche Roberto. Seguro ya se fue a su casa”. Luis y yo replicamos que el gerente debe ser el último en irse. “No mamen, si por eso soy gerente. Ya mejor cierren ustedes”. Aceptamos de mala gana, aunque declaramos que también nos iríamos. “Siempre de exagerada”, dice el gran idiota a los

otros idiotas que van en el coche. Yo hago como que no escucho nada; la idiotez se cura ignorando al enfermo. “Amonos pues. Ayúdame a sacar la basura Luisillo”. Mis compañeros entran al negocio, yo los espero y de nuevo pongo música. Otra vez aleatorio. Otra vez la misma canción.

But I still carry the weight like I’ve always done before

La calle vacía.

When the music is done an all the lights are low

El gran idiota buscándome la mirada. Tomando el volante con furia.

I will remember the times when love would really glow

El gran idiota me hecha las luces, aturdiéndome. Escucho el motor del coche encendiéndose.

I really do hope you know

El coche del gran idiota se echa de reversa repentinamente, al mismo tiempo que Roberto sale de la nada en la moto.

There could be hell bellow, bellow

El semáforo rojo. La pintura blanca, ahora roja. El pavimento rojo.

8 minutos

Luis Francisco Santamaría Arriaga

El sol se apagó, eso dijeron en el noticiario. Tienen que pasar ocho minutos para que podamos notarlo en el planeta, al menos en los lugares que es de día.

En ocho minutos podemos llevar a cabo los placeres más mundanos —a excepción de cagar—. Con ocho minutos mis abuelos pueden volver a coger, si es que todo aún funciona bajo tierra; con ocho minutos se puede orinar a las afueras de casa y masturbarse en promedio 32 veces, si se es precoz o gatillero.

Aunque ocho minutos también se pueden emplear en echar abajo un gobierno, un estado bastardo fundado sobre las aspiraciones y esperanzas de generaciones sin nombre, rostro o cerebro. En esos ocho minutos, se pueden suscitar grandes tragedias estado-terroristas como hacer arder un vagón del metro dejando caer un peluche o un cuerpo humano a los rieles de alta tensión, sin ir tan lejos se pueden inmolar una decena de pasajeros en contra de su vo-

luntad para justificar el siguiente gasto gubernamental.

Si dividiéramos esos ocho minutos, sólo nos bastarían seis para tomar la plaza en una manifestación pacífica —pancartas, gritos, música, baile y jolgorio— que en los siguientes dos minutos se convertiría en una cacería. Los sesos adolescentes volando por las aceras del palacio central, manchando símbolos patrios y libros mal sanos de historia universal.

Con esos ocho minutos podría marcarle a todos mis contactos —que no son muchos, pero lo haría sin suerte, claro está; ellos también estarían preocupados por aprovechar sus últimos minutos de luz—. En resumen, son 480 segundos por ocupar y podría rascar la barriga de mi perro y quitarle alguna pulga invasora que destriparía entre las uñas. Bien podría vaciar una botella de medio litro de tequila, hacer muecas y sentir que todo el ayuno escala por la garganta hasta obligarme a cantar un himno a Rabelais.

Pensándolo concienzudamente, esos ocho minutos no me bastarían para no volver a abrir los ojos, no he conocido a nadie que escribiera su carta de suicidio en ocho minutos —quizá haya alguien que lo hizo, pero si lo logró, no lo conocí—, con esa cantidad de tiempo no puedo conseguir un arma en la peor calle de la alcaldía, mucho menos leer un manual completo de su funcionamiento para saber en qué momento la bala pasa del cargador a la cámara principal.

Al final ocupé ocho minutos en escribir esto.

Intercambio

Daniela Perlín Vega

Estoy acostumbrada a ser yo la del problema en lo que respecta a crisis emocionales. Yo, acostada en cama, incluso pasadas las dos de la tarde. Yo, haciendo una comida al día, sintiendo transcurrir la música, los videos de Tik Tok, los memes en Facebook, sin ver ni escuchar realmente. Ser la que no habla por horas y horas, olvidada de los otros y de mí misma. Yo, convertida en otra.

Ahora, eres tú quien se queda acostado en cama incluso pasadas las dos de la tarde. Y me parece increíble que, a pesar de que ya he estado en ese lugar, no tenga ni idea de cómo levantarte. ¿Cómo te hago comer, escuchar, ver? Hablar. Volver. Porque te has ido muy lejos, al sitio oscuro y tenebroso donde me he perdido tantas veces.

Si pudiera mostrarte un mapa, si existiera un plan universal... sin embargo, los caminos son únicos para cada quien, de hecho, en una misma vida van cambiando, los extravíos en el tiempo son distintos, las vueltas, los callejones sin salida, los enredos constantemente se transforman y las migas de pan desaparecen pronto. Ojalá consiguiera ahuyentar de ti a todos los pajarracos junto con sus brujas hambrientas. Siendo realistas, sólo me queda esperarte al final del laberinto, acariciando tu cabello, tu tristeza cayendo sobre la almohada, así como tú solías esperar por mí. Claro, estoy acostumbrada a mi dolor, pero, ¡carajo!, al tuyo...

Poemas

Ximena Cobos Cruz

Nosotras

las que intentamos leer poesía a ciegas
en la tarde en que nadie llega a visitarnos
que los llamados que damos
son sordos rugidos de aliento
Nosotras
que creemos todavía en el sonido de las hojas
en la multiplicidad de soles escurriendo
de cada rostro
cada sonrisa infantil que ha sido creada
para dar paso a más flores y cantos
Nosotras
que resistimos a la distancia
que guardamos la sangre que nos ha nacido
de entre las piernas
cautelosas de no perder siquiera una gota
para alimentar la tierra de la que brotarán
campos de nubes rojas

Nosotras
que pastamos y arrullamos nidos
de otras madres
pájaras que llegaron desde lejos
que dejaron huevos y partieron
alas prestas hacia el sur
Nosotras nos quedamos quietas en busca de una roca
un canto ancestral que nos convoque
que sea el llamado a dar vuelta a la esfera
colgarnos de los árboles y mecernos como niñas
Nosotras

Aquí habita una mujer

en la nubosidad de las cosas
en el alto vuelo submarino que tienen las mantarraya
en la apacible respiración de los bisontes
en la cerca traspasada de los patios
y los árboles que trepamos cuando niñas
Aquí se cierne una piel
en mil caricias
arena tibia entre los dedos
|Soy yo|
Antes de irme dejaré poblada la Tierra
compartiré flores de nombres enigmáticos
aspiraré polvos que crispen al mundo
y devolveré sonrisas

estertores luminosos, coloridos
brotarán por entre mis piernas
saldrán de mi boca
salpicarán las paredes y los suelos
dejando charcos que no se sequen nunca
Aquí habita una mujer
continuidad rugosa entre los partos
aspereza que revela las distintas cuevas que
habitamos
aquí me palpo
me miro
sacudo el pecho
y extiendo el grito

Despojarme

Hacer que las capas de heridas y piel cansada
se caigan suavemente
con un cuidadoso arrebato
Sentir el ardor pequeñito de la piel
expuesta a la intemperie
permitir que la paciencia me habite la mirada
que no exija un alivio instantáneo
El crecimiento de una tela sutil lleva días
semanas de pequeños cuidados
|| Evitar una nueva herida
un rasguño que haga otra vez repetir el proceso ||
¿ Cómo me salvo a mí misma ?

Abrazarme y dejar brotar al llanto
sorber el agua
alimentar la cuerpa
trenzar el pelo
y dormir horas inmensas
Dejar hacer a la cuerpa, a la memoria
a la caricia que solo yo misma puedo darme

NPC
(Non Playable Caracter)

Génesis García

La vida es como un videojuego, cualquiera con dos dedos de frente podría verlo. Un juego de esos *indie*, de trama enrevesada y dificultad brutal, en el que, si no sabes jugar o no tienes los implementos y *buffs* necesarios, pierdes la partida. ¿La diferencia? Cuando pierdes, ya no hay vuelta atrás. No hay vidas extra, ni reinicios de partida. Es un juego a todo o nada. Michael lo tenía claro. Desde muy joven notó que era un NPC en la vida de los demás: no destacaba en los deportes ni en los estudios, no venía de una familia adinerada o con conexiones, no tenía ningún talento extraordinario, ni era especialmente guapo. Es decir, no poseía ninguna característica que lo destacara por encima del humano promedio. Era uno más, una parte insignificante de la escenografía de la vida de otros. Pero, era bueno en la consola. Su madre solía regañarlo por la cantidad de horas que destinaba a estar frente a la pantalla. “Es una pérdida de tiempo”, afirmaba categórica. “Esos juegos no te llevarán a ningún lado”. Tenía razón, en cierto modo. Michael era un jugador bueno, pero no lo suficiente como para convertirse en un campeón de *eSports*. Sin embargo, hubo algo que los juegos le enseñaron: si quería dejar de ser un NPC, tenía que hacer algo al respecto.

Comenzó rodeándose de gente talentosa. Ellos serían los protagonistas del futuro y, a su lado, tenía posibilidades de ascender a personaje se-

cundario. Los personajes secundarios existen para apoyar, antagonizar o dar desarrollo a los personajes principales. Pueden tener más o menos participación en la trama, pero, están ahí y la gente los reconoce. Algunos inclusos los prefieren por sobre los protagonistas. Y eso era lo que quería. Convertirse en el mejor amigo del capitán del equipo de fútbol americano lo libró de su perenne invisibilidad y lo convirtió en el patético amigo perdedor del protagonista. Era humillante, pero, al menos lo veían. De pronto, existía para el resto. Sus compañeros de clase comenzaron a hablar con él e invitarlo a fiestas y eventos que antes estaban vetados para un NPC como él. Michael comenzó a interactuar con más personas y pronto formó una red de amigos y conocidos que lo impulsaban hacia adelante, sacando su nombre de las redes del olvido.

Se unió al equipo, mejoró sus calificaciones e incluso consiguió novia. Poco a poco iba consiguiendo los *buffs* y equipamiento que lo llevarían a la cima. Su círculo de amigos se hizo cada vez más extenso y el día que un reclutador universitario llegó a su preparatoria, supo que era su momento. Lo seleccionaron de entre más de veinte candidatos y, con una beca deportiva bajo el brazo dejó su pequeño pueblo natal para trasladarse a la gran ciudad. El escenario cambiaba y la dificultad se hacía más compleja, pero, Michael sabía ya todos los trucos. Una vez más, buscó rodearse de las personas indicadas: su carrera deportiva nunca despegó, pero sí se hizo amigo de los mejores jugadores y pronto su nombre y su rostro apareció en las revistas de farándula junto a los talentos de la NFL. Muchachitas jóvenes y deseosas de convertirse en pareja de algún jugador famoso se acercaban a él por montones y sus escándalos amorosos le dieron aún más fama, convirtiéndolo en un personaje conocido en todo el país.

Un buen día lo llamaron para protagonizar un reality y el escenario volvió a cambiar. Era el momento de enfrentarse al *boss final*: Hollywood. Usando lo

aprendido, intentó acercarse una vez más a las “personas correctas”: agentes y actores, modelos y celebridades a los que no logró impresionar. La gente perdió interés en él y sus escándalos ya no llamaban la atención del público. Muy por el contrario: al no tener nada que ofrecer más que lambisconería y desenfreno, pronto se olvidaron de él. Los excesos le pasaron la cuenta y las deudas acabaron con su patrimonio con desastrosa rapidez y un buen día, Michael, el NPC que soñó con convertirse en protagonista, terminó en las calles, hundido en la miseria, convertido, una vez más, en parte del decorado patético y decadente de las sucias calles de Los Angeles.

Primavera

Denise Levertov, trad. José María Flores

No son ojos
tristes los rubíes
de las conejas.
Ya nadie va
por la triste
villa dorada
en barca. La puesta de sol
partirá sin ella.
Si el cortinero
pende mal no es
asunto de nadie.
Una y otra
y otra vez

dondequiera sonido
a ruedas en marcha
a cosas
floreciendo viejas
floreciendo mudas.
Si los perros
se ladran unos a otros
la noche entera
si salta rojo de sus ojos
no es asunto de nadie.
Hay mucho espacio
para que ladren a oscuras.
Las conejas
sacarán sus colmillos
en luna de primavera.

Retratos: VIII

E.E. Cummings, trad. Noé Ramírez

Buffalo Bill está
fuera del juego
ese quien solía
galopar un semental de plata
escurridiza
y se tronaba a undostrescuatrocinco pichonesdeunavez
Jesús

él era un tipo apuesto
y lo que yo quiero saber es
qué tal le cayó su muchachito zarco
Señor Muerte

OPINIÓN

TINTERO BLANCO

Espacio de expresión, en donde los autores plantean sus puntos de vista sobre algun tema de interés.

Facsímil: la de(con)strucción de un sistema

Irving Vásquez

Rellenen los círculos en su totalidad. No tachar, no subrayar. Usar lápiz del núm. 2, goma, sacapuntas. Solo 45 minutos por sección. Inicio a las 8:00 AM, desayuno a las 10:00 AM, regresamos de 10:30 AM a 12:00 PM para continuar avanzando. Queda estrictamente prohibido pasar al siguiente apartado hasta que el orientador lo indique… Cómo detesto esos exámenes.

Las pruebas de conocimientos aplicadas en los diversos niveles educativos las considero una actividad antipedagógica. La presión a la que se ven sometidos los estudiantes es enorme, lo cual provoca altos niveles de estrés que, al mismo tiempo, pueden inducir desde daños psicológicos hasta la muerte. Tal afirmación no debe tomarse a la ligera, el ejemplo más claro de su nocividad puede encontrarse en las grandes potencias asiáticas, cuyos índices de suicidio estudiantil, debido a este tipo de ejercicios, son los más altos del mundo.

Alejandro Zambra en su libro *Facsímil* utiliza como base la estructura de las evaluaciones de conocimientos que se realizan a nivel nacional en diversos países y la dota de un carácter literario, político y social. Como todo escritor, Zambra nutre su escritura del contexto en el que habita, por lo que este libro

está inspirado en la Prueba de Aptitud Académica que era aplicada en Chile hasta hace unos años. No obstante, el lector que se adentre a este libro se sentirá identificado de manera inmediata, pues independientemente del país en el que resida, todos hemos tenido que pasar por exámenes del mismo tipo; ya sea que se llamen CENEVAL, ENLACE, PISA o sus derivados.

Una de las características que más destaca en *Facsímil* es la diversidad de lecturas que la obra permite. La primera es la más evidente: leer el libro sin reparar demasiado en su formato, como si se tratase de una novela o un compendio de historias. Como esta es la forma más tradicional, también es la que menos explota las posibilidades del experimento literario.

Si quisiéramos realizar otra lectura, podría hacerse una como si estuviéramos frente a un examen. Un lector que (por alguna extraña razón) quisiera rememorar la presión del pasado bien podría sentarse y contestar el libro siguiendo esta temática. En este sentido, invito a probar la siguiente dinámica: coloque en una mesa solo los materiales esenciales para resolver la prueba (¿lápiz, borrador, sacapuntas?) apague todo aparato electrónico y ponga un tiempo límite de dos horas con un pequeño intervalo de descanso para tomar un refrigerio. Diviértanse.

La tercera posibilidad consiste en realizar combinaciones con los diversos apartados de la obra. Si bien Zambra mantiene una estructura inicial, el hecho de que esté dividida en bloques independientes da pie a que el lector pueda probar un orden distinto. Podría escribir una cuartilla con las combinaciones que he encontrado hasta el momento, pero eso terminaría condicionando la experiencia de lectura de aquellos que busquen probar esta dinámica, por lo que prefiero guardarme mis comentarios para que cada lector tenga la libertad de descubrir su propio camino.

Dejando de lado las formas de lectura, me gustaría destacar otra de las virtudes de *Facsímil*: la presencia de la época. Habría que recordar que Zambra vivió la dictadura militar chilena, por lo que es una constante en varias de sus obras. En *Facsímil* se pueden apreciar guiños a la cuestión social en algunos apartados, como en las preguntas de opción múltiple o en los ejercicios de completar oraciones, en donde el autor va dejando guiños de la situación social y política de Chile. Son esas mismas variaciones en las respuestas lo que ofrece una obra tan nutrida, pues en algunos apartados el hecho de cambiar una palabra le da un sentido diferente a la oración. Quizá podría incluso hablarse de apartados con micronarraciones integradas, ya que estas oraciones creadas a partir del cambio de palabras llegan a funcionar como textos independientes.

Facsímil es una obra de carácter experimental que aún puede ofrecer varias lecturas. Al valerse de una estructura tan conocida coloca al lector en un medio de cultivo propicio para la variación: la incomodidad. Este aspecto se puede notar en el uso del formato de las evaluaciones de conocimientos, en las temáticas que aborda y sobre todo en el cómo interactúa con los lectores a través de la toma de decisiones. En este sentido, *Facsímil* no es solo un libro, se trata de una experiencia interactiva que trasciende las fronteras del texto y descoloca la forma tradicional de lectura.

DOSSIER GRÁFICO

TINTERO BLANCO

Comentarios en torno a los artistas visuales que integran las portadas y las páginas interiores de la revista.

Enrique Álvarez Bautista

23 años, estudiante de la Universidad Veracruzana de la Licenciatura en Fotografía. Nacido en el estado de Hidalgo, es un artista emergente que transita en temas como el territorio, memoria, sentido de pertenencia e identidad, de igual manera se desempeña en el ámbito del foto periodismo a lo largo de la zona del puerto de Veracruz. Ha participado en la exposición colectiva realizada por el Semillero de fotografía analógica de la Universidad de Caldas, Colombia, además de ser parte del comité organizador del Festival de Fotografía FOTO SUR 2023 y 2024, producido por la Universidad Veracruzana región Veracruz Puerto.

CONTACTO:

Instagram: @enrique_rutas

En los ojos del otro

La mirada es una llave que extiende su dominio sobre la figura y el fondo del mundo. Abre las puertas a la mente de quien mira y permite conocer una parte del interior. La mirada proyecta sobre las cosas su fuerza y centra su interés en aquello que la atrae; transfigura una realidad incognoscible en aquello que es capaz de ser aprehendido. Enrique Álvarez Bautista hace que en su fotografía lo cotidiano adquiera un matiz diferente: irrumpe en un instante en que su mirada reconoce el germen de una imagen, o la posibilidad de una historia. Si los formalistas rusos encontraban en el poema una nueva forma de nombrar la realidad para reconocer aquello que de tan conocido deja de tener relevancia, la fotografía hace otro tanto al traernos a nuestra mirada la visión de lo que a veces no tomamos en cuenta. Álvarez Bautista, sabedor de esta propiedad, transfigura el instante en poema que pone en relevancia lo cotidiano.

Gallinas como promesa de una fertilidad terrestre, caminos que se pierden entre las ramas en túnel o al fondo de una montaña, hombres en el mar cuyo dorso desnudo brilla al sol, hombres con playeras de deporte o en el campo como promesa de un homoerotismo latente, un ritual religioso en donde las mujeres constituyen el centro o el interior cyberpunketo de un autobús; de instantes así esta hecha su obra. El fotógrafo se abre paso mayormente hasta el fondo de espacios rurales (el campo o el mar) y extrae de ellos la excepcionalidad inscrita en lo cotidiano. Sus ojos habitan el espacio sin acercarse como extranjero, sino involucrándose con él. Ahí la diferencia entre la fotografía de paisaje o la de quien llega desde fuera para retratar un lugar nuevo, y la fotografía de quien reconoce en aquello que vivencia un momento extraordinario, digno de mostrarse a la mirada de otro.

Héctor Justino Hernández

EFREN
27

AUTORES

TINTERO BLANCO

En donde presentamos a los autores correspondientes del número.

Literatura

Eduardo Vardheren. Estudió la carrera de Letras Clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Escribe poesía de ciencia ficción. Ha publicado textos en Penumbria, Marabunta, Tercera Vía, El ojo de Uk, Crononautas, Teoría Ómicron, entre otros. Recientemente publicó *Fanzine scifaiku*.

Bladimir Ramírez. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (generación 2021-2022). En 2021 ganó el XXXIX Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos con el libro *Prueba de resistencia*. En 2021 fue becario de la estancia literaria "Material de los sueños". Su ensayo "La transmutación y la ausencia" fue incluido en *Erradumbre* (Mantis Editores). Colaboró en algunas antologías de narrativa joven como *Si era dicha o dolor* (Paraíso Perdido, 2018). En 2020 su cuento "Muñecas" fue finalista del premio internacional de cuento Juan Rulfo (Sayula 2020).

Carolina Moreno. (Monterrey, México, 1992). Ha participado en la antología Carne viva (Trajín, 2023) y en revistas como Palabrerías y Casapaís.

María Alanís Corral. (Morelía, Michoacan, 1997). Cursó la licenciatura en Literatura Intercultural en la UNAM, y realizó estancias académicas en universidades extranjeras en Italia y España. En 2021 formó parte de la es-

tancia literaria “Material de los Sueños” de Alas y Raíces, en colaboración con la Secretaría de Cultura. Su primer libro *A mí no me da miedo el puente,* publicado por la editorial independiente michoacana Licántropo.

Gustavo Andrés Hérnandez Platán. (Celaya, 2000) Sus cuentos han sido escogidos para formar parte de Revista de Humanidades Metáforas al Aire, núm. 6, enero-junio, 2021 y en Revista Espiral Foro Universitario en su Sexta Edición. También participó en el XX Foro Internacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura de la Universidad de Sonora.

Luis Francisco Santamaría Arriaga. Estudiante de Creación Literaria, nacido en la Ciudad de México, interesado por el cuento, la novela y la dramaturgia. Escribe poco, pero lo intenta seguido.

Daniela Perlín Vega. (Ciudad de México, 1997) Licenciada en Filosofía. Ha colaborado en Punto en Línea UNAM, Universo de Letras UNAM, Palabrerías, Herederos del Kaos, Metáforas al aire, entre otras. Mención honorífica en el III Concurso Nacional de Cuento “Cuéntame uno de muertos” del Canal 22 en el 2017. Ganadora del concurso “Cartas de amor y desamor 2022” de Ifreedoms y Foro Shakespeare. Finalista en el Concurso Nacional Mexicano de Cartas “Te quiero decir…” 2023.

Ximena Cobos Cruz. (DF, 1988) Poeta, feminista, socioantropóloga y acompañanta de procesos escriturales, todo en proceso de formación constante. Es editora del medio de comunicación independiente Enpoli, Entre política y Literatura. Ha publicado en medios tanto impresos como digitales; algunas de sus obras se pueden encontrar en Rio Grande Review, Primera página, Periódico Poético, Granuja, Revista Raíces, Punto en Línea, Revista Kametsa, Ligeia, entre otras.

Génesis García. (Chile, 1990) es historiadora, columnista y escritora. Ha sido publicada en una serie de revistas literarias especializadas, así como en varias antologías literarias en Colombia, Uruguay, Perú, Brasil y España, país donde ha recibido además reconocimientos y premios por su trabajo literario.

José María Flores. (Buenavista, 2000). Traductor del inglés, narrador y poeta. Actualmente cursa la carrera en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara.

Noé Ramírez. (Irapuato, 1995). Estudiante de la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana (Univerdisas de Guadalajara). Licenciado en Letras Españolas (Universidad de Guadalajara). Profesor de lengua y literatura en preparatoria y licenciaturas. Libros: *La más irracional de las virtudes* (plaquette de poemas, 2018, Los Otros Libros), *Los extremos de la subjetividad en investigaciones literarias* (académico, 2019, UG-DCSyH). Ha aparecido en revistas: Viernes Cultural, Ruleta Rusa, Ligeia, Irradiación, Granuja, Insolente. En antologías: *Círculos de agua* (2018, La Rana) y *Escritura desde el encierro* (2020, Los Otros Libros).

Opinión

Irving Vásquez. (Xalapa, Veracruz, 1999): Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana. Gestor cultural a nivel nacional. Forma parte de la dirección editorial del proyecto Tintero Blanco. Es director en Editorial División del Norte y Editorial Iridiscencias. Fue parte del XI Curso de Creación Literaria para jóvenes 2019 de la Fundación para las Letras Mexicanas. Fue parte del elenco del cortometraje Block 8 (Chihuahua, 2021). Textos suyos han sido publicados en revistas como Campos de Plumas (2021), Cuadernos Villistas (CDMX, 2021 & 2023), La Palabra y el Hombre (UV, 2020 & 2023), Letramía (CDMX, 2019) y Tintero Blanco (Xalapa, 2019). Es Coautor del libro: Desde el naufragio. *Testimonios universitarios sobre la violencia en Veracruz* (2014-2018) publicado por la Universidad Veracruzana (2022).

Héctor Justino Hernández (Veracruz): Ha publicado *Dimorfismo* (2019), *La mascara de Miguel* (2021) y *La isla que nos llama* (2021).